

dinero para su viaje de recreo, y como no lo había en las cajas del tesoro imperial, urgía darlo de la pagaduría francesa. Esto no fué entendido por los representantes de Napoleón.

¶ Cuando Maximiliano anunciaba su propósito de partir después de que se le liquidase, ya había empezado á trabajar un conciliábulo en Orizaba, compuesto del padre Fischer, el ministro inglés Scarlett, D. Carlos Sánchez Navarro y el ministro Arroyo. «Moviése toda aquella secreta agitación en dos direcciones con especialidad, dice Basch : la una tendiendo á suscitar cierta aparente vox populi; la otra intentando persuadir á Maximiliano de que jamás había tenido el Imperio una oportunidad más brillante para resucitar con esplendor.....» Con todo, «nadie en el mundo hubiera podido, por aquellos días, pronosticar feliz éxito á los esfuerzos del padre Fischer y de sus amigos.» Maximiliano creía que el Imperio no podría sostenerse sin mucha efusión de sangre, y él no quería ser un obstáculo á la conciliación de los partidos. Estas palabras fueron escritas por su orden, anunciando el próximo viaje á Europa.

¶ Los comisionados de Napoleón anduvieron remisos en los arreglos de orden privado que deseaba Maximiliano, y el 16 de noviembre contestaron evasivamente algunos de los puntos de la carta del 12. Si hubieran mandado 45.000 pesos que pedía el archiduque, probablemente se habría marchado; pero como la respuesta no fué satisfactoria, Maximiliano empezó á tener complacencias en sus entrevistas con Márquez y Miramón, quienes habían llegado al país, el primero llamado por el Gobierno imperial, y el segundo atraído por la seducción de una próxima lucha. Cuenta Basch que cuando llegaron Márquez y Miramón, «el ánimo del emperador estaba visiblemente modificado, y recibió á los generales, que por cierto no habrían obtenido audiencia de haber llegado unos días antes». El Emperador se había restablecido de las calenturas, y estaba contento. Por lo demás, ya Scarlett y Eloin habían trabajado en el sentido de los deseos de Lares y Fischer. Efectivamente, el 18 de noviembre decía Maximiliano en una carta á Bazaine : «Aun falta que arreglemos lo principal y definitivo : un Gobierno estable que proteja los intereses comprometidos. Es necesario que hablemos. Yo no puedo ir á Méjico, por mi enfermedad. Os aguardo.» El mariscal no fué á Orizaba : se lo impidieron sus colegas. ¿Por qué no ir? ¿Por qué no hablar? ¿Por qué no sustraer á Maximiliano de la influencia que cautivaba ya su incierta voluntad? Los hombres que manejaban en Méjico los intereses de Napoleón eran muy torpes; los conservadores, muy diestros, secuestraron definitivamente á Maximiliano.

¶ ¿Qué pensaba hacer Francia luego que se retirase el archiduque? Nada se le dijo á éste, nada se le consultó, como si no hubiese ya que contar con él. Se hablaba de una regencia formada por Castelnau, Lares y Méndez; de negocia-

ciones entabladas por Bazaine con el general Díaz; de pactar con el grupo republicano sobre la manera de separar á Juárez, que era un MANIQUÍ, según Bazaine, y de poner en la presidencia á D. Manuel Ruiz, á Lerdo de Tejada ó á González Ortega. Para esto último había que contar con los Estados Unidos.

¶ A medida que los conservadores se alejaban de los franceses y que éstos se alejaban de Maximiliano, tendía naturalmente el Emperador á gravitar hacia el único centro que lo atraía, desde que, con la desaparición de Herzfeld, nadie lo empujaba á Europa, pues Basch era demasiado torpe ó inexperto para darse cuenta de la situación. Los franceses y los liberales parecían unirse ó entenderse por lo menos. De allí, una situación que el público interpretó como resultado de arreglos entre Napoleón y Seward para organizar el gobierno que debería suceder al de Maximiliano. Esto produjo una «impresión vivísima en el Emperador. Más que nunca se consideró altamente ofendido, y su amor propio no pudo menos de sentirse lastimado profundamente por un acto de tal naturaleza, así como también por aquel completo olvido de las conveniencias diplomáticas. Ya no cabía duda : Napoleón quería disimular la falta cometida al romper el tratado... La abdicación de Maximiliano debía aparecer como el llamamiento de un gobernador que no había dado gusto con su administración. ¡Y por esto fingía Napoleón que, escuchando el grito de dolor que exhalaba Méjico, le daba una República!»

¶ El Emperador convocó los Consejos para que decidieran sobre la conveniencia de la inmediata abdicación. La junta dictaminó el 26, y Maximiliano resolvió quedarse en el país. Antes de la reunión de los consejeros, Lacunza habló con Maximiliano, y atacando al Emperador por su lado flaco, hizo mención del punto de honra. «Le dijo que la nación entera confiaba en él, y le recordó sus palabras del 16 de septiembre : UN VERDADERO HAPSBURGO NO ABANDONA SU PUESTO Á LA HORA DEL PELIGRO. Todavía tengo grabada la impresión, dice Basch, que las palabras de Lacunza produjeron en el Emperador. Comunicóme el tenor de ellas, no bien se hubo retirado Lacunza, confesándome que realmente le habían conmovido. Lacunza, me dijo el Emperador, ha patrocinado admirablemente su causa.»

¶ El declive por donde rodó Maximiliano á la intermitente y vaga decisión de quedarse, fué la idea de una convocación al pueblo para que sus representantes, y no los franceses y norteamericanos, formasen el gobierno republicano nacional sucesor del Imperio. Ésta era la idea que Maximiliano había sometido al Consejo en Chapultepec, un mes antes de su salida para Orizaba; era la idea antigua, la que él declaraba su constante preocupación. Mas para convocar un congreso, hacía falta un país que le perteneciese, y el país era de los republicanos. Durante el mes de octubre, el general D. Porfirio Díaz ganó dos acciones de guerra y se apoderó de la capital de Oajaca. La evacuación de Mazatlán acabó de poner fuera de la acción imperial el inmenso territorio fronterizo, que

así quedó completamente dominado por los generales D. Mariano Escobedo y D. Ramón Corona. No tardaría en caer bajo la dominación republicana el occidente, en donde Lozada había acordado NEUTRALIZARSE. Escobedo y Corona avanzarían para concentrarse en el interior é incorporarse las fuerzas de Régules; Díaz se presentaría ante Méjico y Puebla. Ya Alatorre ocupaba Jalapa, y con esto el Imperio no tenía ni el camino de Veracruz asegurado.

☞ Maximiliano pensó ante todo en la situación militar, pues Miramón y Márquez no hablaban de congresos sino de batallas. El archiduque volvía á Méjico para conquistar á su pueblo antes de convocarlo ó, según él, para librarlo de los disidentes y darle después un gobierno conforme á su voluntad, no interpretada sino realmente expresada. En todo caso, había que derramar sangre; pero bien podía decir que no por su causa, sino por la pacificación general. Así rodó á la guerra civil hasta ser jefe de facciosos.

☞ Los últimos días de Orizaba fueron de reposo, de idilio, de inconsciencia. Tomada la resolución, que no fué personal, sino del Consejo, parecía como que, por sólo ello, todo se aclaraba en el presente y todo se allanaba para el porvenir. Desde las diez de la mañana y desde las cuatro de la tarde, Maximiliano hacía BATIDAS de insectos bajo la dirección de Bilimek. Gravemente confió á Basch que aquellos paseos tenían un fin político. «Trataba de vigilar á los franceses, y para que no sospechasen su pensamiento, se andaba por los campos en son de naturalista.» No era esto sólo. En el campo conferenciaba con Miramón «libre de los ojos de lince de los franceses». Todavía más aún: «dedicándose á la historia natural, daba á entender el poco caso que hacía de la corona». Pero todavía falta algo en los pensamientos ocultos inspiradores de sus paseos: «sabiendo que los mejicanos eran incapaces de comprender la abnegación de que había dado pruebas al consentir en quedarse, trató de buscar otro arbitrio para convencerlos de que sólo el bien del país le retenía». El arbitrio á que se refiere Basch es la caza de mariposas.

☞ Entretanto, el Gabinete expedía una nota anti-francesa en forma de circular dirigida á las legaciones del Imperio. Abandonado éste por la potencia aliada, la cual había roto sus compromisos, la revolución se extendía, no por la fuerza intrínseca de sus armas, sino por estar indefenso el territorio nacional. En esta situación deplorable, los Estados Unidos, de acuerdo con Francia, trataban de poner un gobierno republicano. El emperador Maximiliano había resuelto abdicar, con abnegación mayor que la que demostró al aceptar la corona; pero advertido por sus ministros y por el Consejo de Estado sobre las consecuencias de ese sacrificio, que serían la ruina del país, la pérdida de su libertad y de su independencia y el aniquilamiento de la raza mejicana, se resolvió á quedarse bajo la condición de que se convocaría un Congreso, el cual decidiría sobre la continuación del Imperio, y si éste era rechazado, sobre la forma de gobierno que adoptaría la nación. Mientras se reorganizaba el ejército imperial mejicano para emprender la campaña electoral, el ejército francés, no obstante lo que se decía de su Gobierno en la circular, continuaría prestando el apoyo de su fuerza.

☞ Los comisarios imperiales tenían instrucciones de Maximiliano para entrar en arreglos con los generales disidentes, garantizándoles la buena fe con que se obraría en el Congreso. Así dislocada su acción por estas irreconciliables tendencias; apoyado en Miramón y Márquez, que eran la guerra estéril como en 1858; apoyado en Bazaine, que se iba; apoyado en Lares, que era el ultrapersonalismo y centralismo de 1854; apoyado en su almohada de nubes, que tomaba la forma imposible del Congreso pacificador, Maximiliano volvió á Méjico, lentamente, fluctuando entre sus planes contradictorios y sus amigos en pugna, engañándose y engañando á todos, ilusionado cinco minutos por una campaña de extermio llevada hasta Matamoros y Mazatlán, para soñar una hora después con el emocionante espectáculo del Congreso aclamando á Juárez, á quien él daría un abrazo de felicitación por su triunfo. El tripode en que levantaba estos devaneos era un grupo republicano sometido por la persuasión, un ejército disidente vencido por Márquez y Miramón, un ejército imperial de treinta mil hombres y un presupuesto de quince millones que bastaban para los gastos ordinarios del gobierno, tanto más cuanto que Maximiliano decía: Yo QUEBRO EL TRATADO DE ADUANAS, esto es, la última convención. ¿Para qué cumplir lo pactado cuando Francia retiraba sus fuerzas y no podía hacerse respetar? Después de esta confesión, dígame si el hombre que así se negaba á reconocer la fe de su palabra y de su firma para satisfacer un sentimiento de amor propio que Lacunza hábilmente transformaba en punto de honra, iba engañado por los conservadores. Éstos le hacían el ofrecimiento de un erario pletórico desde mediados de enero, y él, seducido por el engaño, no era una víctima: estaba resuelto á sacrificar sus VIEJAS PELUCAS en la primera oportunidad, dándoles de mano si vencía, ó entregándolas en una encrucijada si algún jefe republicano se las pedía á cambio de los medios para que él volviese á Europa con todos los honores y los dineros de una buena transacción.

☞ Los conservadores tenían el deber, la necesidad que obliga á toda facción en agonía á hacer lo posible y lo imposible para no caer: deseaban prolongar un día, una hora, un minuto la claudicante dominación que acababa de crearles la enemistad entre Bazaine y los liberales del Gabinete anterior. ¿Acaso no se engañaban completamente al creer que Márquez y Miramón podían hacer frente á Juárez? Se engañaban al creer que esos dos jefes pudiesen tener una perspectiva dilatada, porque la juventud, con su fuerza y sus aspiraciones, los rechazaba; pero si las viejas pelucas no hubiesen tenido el apego al poder y la ambición de prolongar su ideal caduco, no habrían sido facción: no habría conflictos en la historia. Cada fruto seco caería por sí mismo, sin sacudimientos de la rama que los ha nutrido. Volvemos á decirlo: el partido conservador cumplía una ley de su naturaleza, negándose á ver en la república de Juárez otra cosa que no fuese la maldición de Dios y la ruina de la patria. Pero Maximiliano, liberal, penetrado de hondo desprecio por sus APOLILLADOS MANDARINES, ¿para qué los llamaba, para qué los quería, para qué los creía, sino para unir el último trágico espejismo de ellos á su propia insana pasión contra los franceses? Se le reprocha á Lares que no aceptó la idea del Congreso, y que, no aceptándola, fin-

gió que la aceptaba. No estaba loco para creer en el Congreso, y por otra parte Maximiliano, al hablar de Congreso, hablaba nada más, pues sus actos iban contra el voto de resignación que implicaba su proclama. ¿No había hecho todo lo posible, así lo digno como lo indigno, para que continuase la ocupación francesa? Y el que vencido, abrumado, convencido de impotencia, tutoreado, vilipendiado, pedía más tutela, más vilipendio, jefes franceses, ministros franceses, recrudescimiento del estado de sitio para prolongar una sombra de poder, ¿hubiera resignado una dominación efectiva después de la derrota de tres ejércitos republicanos? Ese día ni Congreso, ni pelucas, ni Márquez, ni Miramón: ese día hubiera sido el de la repudiación de todo lo que sucesivamente le había servido, y si en aquellas circunstancias los Estados Unidos hubiesen tolerado la guerra civil, ésta se habría prolongado el tiempo de duración máxima de los caprichos archiducuales.



«Este sí que es hombre de bien. Me ha dado la seguridad de que comenzando el año, desaparecerá el déficit.» El hombre de bien, para los seres de imperfecto desarrollo mental, es el que los halaga. Campos, subsecretario de Hacienda, era un hombre de bien, puesto que no le decía: «V. M. debería marcharse hoy mismo, porque mañana será tarde».

La escena pasaba en Puebla. Allí se detuvo Maximiliano. Caminaba muy lentamente, como dando tiempo á que se fuesen sus enemigos los franceses. Allí se entretenía en creer que el déficit iba á desaparecer y, entretanto, tiraba al blanco, visitaba la pirámide de Cholula, dibujaba, y si no coleccionaba insectos, era porque no los había en aquellos contornos.

Antes de salir de Puebla recibió la visita de Castelnau y de Dano. Los miembros del triunvirato francés caminaban por muy distintas rutas. Bazaine escribía á su ministro que, según los árabes, cuando viajan solos dos hombres, uno tiene que desconfiar del otro; pero que cuando viajan tres, dos de ellos se someten al tercer compañero. ¿Quién era allí el jefe? Castelnau guardaba sus credenciales y dejaba que el mariscal se las compusiese á su modo. Por otra parte, era inútil un jefe: ninguno de los tres valía para serlo. Tanto daba la discordia como una coordinación de insensateces.

Lo primero que se necesitaba era convencerse de que no había generales republicanos con quienes pactar, pues ninguno hubiera aceptado la mancha de una perfidia al Gobierno reconocido y la impolítica falta de cargar con todo ó parte de los compromisos de Maximiliano. Excluidos los conservadores, no quedaba sino la resolución valiente de salir, con las fuerzas de Juárez á una jornada de distancia.

¿Aceptaba Castelnau este duro extremo? Creía que lo mejor era entenderse con los Estados Unidos y, fracasado este plan, abandonarlo todo resueltamente. Bazaine tuvo menos precisión que su coadjutor. Sólo en un punto no vaciló: todo, menos la influencia norteamericana. Separado así de Castelnau y Dano, igno-

rante de las tentativas hechas en Washington por Montholon hasta que una casualidad vino á revelárselas, buscaba de preferencia la continuación del régimen fundado por Francia. ¿Por qué no agotar los esfuerzos? De allí su actitud cada vez más complaciente para Maximiliano. ¿Obraba únicamente en esto el celo contra Castelnau y el natural deseo de contrariarlo? O tal vez, como dice Douay en sus cartas difamatorias, LA TRIBU DE LOS PEÑAS conspiró para comprometer al mariscal, no ciertamente con el propósito de que siguiese dominando en Méjico, sino por devoción á la causa conservadora que vinculaba el odio á los Estados Unidos. Por último, le dolía la situación de Maximiliano y tuvo un sincero movimiento de piedad.

Castelnau y Dano salieron al encuentro de Maximiliano para intentar otra vez la abdicación. La entrevista en que definitivamente quedó resuelta la separación de intereses, tuvo lugar en Puebla el 22 de diciembre. Agotados los argumentos en pro de la abdicación, los representantes de Napoleón exhibieron la nota del día 8, firmada por ellos y por el mariscal. Maximiliano tenía un documento posterior de Bazaine, un telegrama de la víspera, que lo alentaba para continuar. Era inútil, pues, el empeño de los franceses. Pero Maximiliano vió de pronto que todo cambiaba, que todo se le ponía más negro, pues Castelnau llevaba consigo el telegrama de Napoleón, puesto el 13 y recibido el 18 de ese mes. El telegrama decía: «Evacuación debe estar terminada en marzo. Repatriad la legión extranjera y á todos los franceses, soldados ó paisanos, que deseen volver, así como las legiones austriaca y belga si lo piden. Los transportes saldrán de aquí á fines de diciembre.» Maximiliano, resuelto al parecer, no cambió de posición al ver este corto y explícito documento. Se quedaría. Se quedaría sin franceses ó contra los franceses. El amor propio acababa de anclarlo, á la vista del cablegrama.

Mientras los representantes de Francia se desgarraban en viles intrigas que enviaban salpicaduras de fango hasta París, Maximiliano volvía á la capital; pero se detuvo á las puertas de la ciudad el día 5 de enero, tomando cuarteles en la hacienda de la Teja. El mariscal, llamado por el Emperador, acudió en el acto. Enemigos la víspera, estaban unidos por la acusación de deslealtad que se hacía contra Bazaine á causa de su simpatía por Maximiliano. Bazaine podía defenderse diciendo: «No he faltado á la obediencia. Se me ha dicho que sostuviera á Maximiliano, y lo he sostenido. Se me ha autorizado para que pusiese á su servicio la legión extranjera y los elementos franceses disponibles de acuerdo con la convención de Miramar. Después de recibido el mensaje imperial del 13, todo ha cambiado; pero hasta entonces mi deber no me impedía ser factor para la cimentación del Imperio Mejicano.» El razonamiento era bueno; pero, ¿por qué firmaba una nota colectiva pidiendo la abdicación y dictaba un telegrama particular contra la abdicación? La verdad es que, no habiendo un jefe, ó, á falta de él, un hombre capaz que enhebrase los actos del directorio, todo tenía que ir á la diablo. Y así fué.

